

**DISCURSO LEÍDO POR EL AUTOR** en la Casona La Perla, el día 13 de diciembre de 1993, con ocasión de la conmemoración de los 25 años del fallecimiento del ingeniero Julio Álvarez Cerón, cofundador y rector de la UIS (1952-1956). El autor es Profesor Titular y Emérito de la UIS, donde se desempeñó como decano de la Facultad de Ciencias Humanas.

34



Colombia permaneció en el umbral de la premodernidad intelectual y material hasta bien entrado el siglo XX.

Como casi todos los países hispanoamericanos, la herencia colonial determinó en buena medida el actuar del país, anclado en valores sociales y políticos contrarios a la política de desarrollo capitalista acelerado que caracterizó a otros países. Sectores de la clase alta colombiana hicieron el intento de alterar la cultura burocrático-militar colonial, pero la tendencia tradicional aristocratizante terminó por imponer su punto de vista, dirigida por una pléyade de poetas y gramáticos que gobernaron al país durante varios decenios. Malcom Deas, en su libro *Del poder y la gramática*, nos mostró que el siglo XIX fue “la edad de oro de los lexicógrafos, gramáticos, filólogos y letrados vernaculizantes”, de tal modo que “la gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua era componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró de 1885 hasta 1930. La política colombiana ha contenido desde el principio un vigoroso elemento ideológico y pedagógico”<sup>1</sup>.

Como ejemplo de ello tenemos a Rufino José Cuervo y sus *Apuntaciones críti-*

*cas sobre el lenguaje bogotano*, publicado en 1872, de enorme éxito y prestigio internacional, aún hoy día. También están el *Tratado de Ortología y Ortografía Castellana*, de José Manuel Marroquín, editado en 1858; la *Gramática Latina* de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, y los trabajos de Cuervo sobre Andrés Bello, cuya *Gramática de la Lengua Española*, publicada en 1847, fue la más usada en Hispanoamérica durante el siglo XIX. Así pues, el dominio de la lengua castellana fue el eje del poder público en Colombia, de modo que los valores de la tradición del desarrollo capitalista fueron oscurecidos, olvidados y hasta perseguidos. Frank Safford, en su brillante obra *El ideal de lo práctico; el desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia*, nos demuestra que “la tradicional indiferencia de los sectores altos latinoamericanos hacia lo técnico y lo económicamente productivo ha sido atribuida con frecuencia a la herencia cultural”<sup>2</sup>.

La actividad económica moderna, el uso de la tecnología, no fueron, pues, tenidos en cuenta para el desarrollo del país. Es más, la conceptualización misma del desarrollo económico y social fue ignorada: los valores y las instituciones heredadas o que se impusieron en el siglo XIX fueron los

1 DEAS Malcolm. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá. Tercer Mundo, 1993, pp. 28 y ss..

2 SAFFORD Frank. *El ideal de lo práctico: el desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Bogotá, Empresa Editorial de la Universidad Nacional y El Áncora, 1989, p. 25 y ss.

del estancamiento, el no-crecimiento, las de la contemplación pasiva y seudoromántica de la sociedad postcolonial. Safford muestra con vigor cómo a la estructura social postcolonial hay que añadir la muy difícil geografía del país, cuyas vías y comunicaciones se mantuvieron en su estado primitivo hasta bien entrado el siglo XX. El atraso técnico del país se vio reforzado por la obsolescencia de los conocimientos científicos y técnicos asimilados en el país, un legado de la política contrarreformista española que vio en la revolución copernicana, y en la nueva ciencia, un factor de subversión y de desafío a la autoridad pública. Un estado de cosas como el descrito por Safford nos da luces para entender el atraso técnico del país, y sobre todo para comprender el alto precio que ha tenido que pagar la sociedad

El atraso técnico del país se vio reforzado por la obsolescencia de los conocimientos científicos y técnicos asimilados en el país, un legado de la política contrarreformista española que vio en la revolución copernicana, y en la nueva ciencia, un factor de subversión y de desafío a la autoridad pública.





colombiana para acceder a la ciencia, a la técnica y al desarrollo en el siglo XX.

Hacia finales del siglo XIX Colombia tenía apenas unos doscientos ingenieros, muchos de ellos formados en universidades extranjeras, y pese a lo exiguo de este número muchos tuvieron que trabajar hasta de amanuenses de los abogados de la época para sobrevivir. Después de la Guerra de los Mil Días y de la separación del Departamento de Panamá, el país vivió una época favorable al desarrollo, y por lo menos entre 1911 y 1922 se contó con una balanza comercial favorable. En esta atmósfera de prosperidad sin precedentes, la clase alta —dice Safford— desvió un poco su atención de la política para fijarla en el cultivo del café. Este cultivo, como sabemos, fue el que en realidad articuló a Colombia con el mercado mundial y permitió, además, una acumulación de capital en manos del naciente empresariado nacional, que por primera vez pudo pensar en serio en un proyecto de industrialización incipiente y a largo plazo, apuntalado por la necesidad absoluta del país y de Hispanoamérica de salirle al paso a la grave situación de la economía mundial, como resultado de las guerras mundiales, la crisis capitalista de los años treinta y el creciente proceso de urbanización y conflicto que ya comenzaba a incubarse en el país.

Marco Palacios, en su investigación

doctoral sobre *El café en Colombia (1850–1970)*, nos señala que la economía cafetera fue la base fundamental para diseñarle al país, por primera vez en su historia, un modelo liberal, es decir un modelo de modernidad. Dice Palacios: “El crecimiento continuo de la producción de café entre 1910 y 1960, aproximadamente, constituye quizás el fenómeno más decisivo de la historia económica contemporánea de Colombia. El país se convirtió en el segundo abastecedor mundial de café y en el primero de café suave. El impacto de la expansión cafetera en el crecimiento económico, en la diversificación de las estructuras productiva y ocupacional, y en la distribución del ingreso entre clases, grupos y regiones, es por tanto uno de los puntos centrales del análisis histórico contemporáneo”<sup>3</sup>.

Siguiendo a Safford, reconocemos que hacia 1930 empezó a darse un interés en Colombia por la capacitación especializada, aunque en 1935 todavía la Universidad Nacional y otras instituciones ofrecían un curso básico que otorgaba un único grado en Matemáticas e Ingeniería Civil, y la Escuela de Minas de Medellín un programa de Ingeniería de Minas y de Civil. Pero la

3 PALACIOS Marco. *El café en Colombia, 1850-1970; una historia económica, social y política*. 2a. ed., Bogotá, el Colegio de México y el Áncora, 1983, p. 479 y ss.

Universidad Nacional “no proporcionó el liderazgo que podía esperarse de ella”, pues sus líderes tendieron a adoptar una actitud negativa respecto de las especializaciones. La iniciativa para el desarrollo de los nuevos campos provino de las provincias: la Universidad Católica Bolivariana de Medellín y, más sorprendente, la Universidad del Cauca, ofrecieron especializaciones en el campo de la ingeniería industrial. La Escuela de Minas de Medellín proporcionó un grado especializado en ingeniería de petróleos, y las universidades de Bucaramanga y Cali iniciaron cursos especiales de ingeniería mecánica e ingeniería industrial. En 1941 la Escuela de Minas trató de crear un curso de ingeniería química, pero “las autoridades de la Universidad Nacional de Bogotá no concedieron el permiso necesario”. La Escuela de Minas de Medellín, por lo demás, como lo muestra la exhaustiva investigación de Alberto Mayor Mora, había alcanzado un liderazgo decisivo en la consolidación de la elite industrial antioqueña, no sólo desde el punto de vista técnico, sino en el desarrollo e implantación de una ética empresarial fundada en la racionalidad capitalista, en una moral secular, en el saber experimental y en el intento de crear por primera vez en la historia nacional una dirección técnica del Estado. El artífice de este cambio modernizante y vital fue el ingeniero civil y de minas Alejandro López<sup>4</sup>.

En 1940 arribó al país el ingeniero industrial español Julio Álvarez Cerón, acompañado por su familia y un hermano, José, también ingeniero. Los hermanos Álvarez Cerón fueron los típicos exiliados políticos a causa de la Guerra Civil Española, que por aquella época vinieron a América, en especial a México y a Colombia. Los gobiernos libe-

rales de Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos en Colombia, y de Lázaro Cárdenas en México, dieron gran acogida a los perseguidos españoles, en especial a intelectuales, científicos y técnicos.

En su investigación sobre la influencia de la Revista de las Indias en el país, Manuel Restrepo Yuste comentó del siguiente modo el sentido intelectual de la inmigración española: “No hay duda de que, gracias a estos proyectos, se arraigó en México y en Colombia lo mejor de la cultura española y en general de la cultura europea. Infortunadamente, hay que admitirlo, el resultado en cada uno de estos países fue diferente. En México, la llegada de los refugiados españoles estuvo enmarcada en un proyecto cultural pensado por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, al concentrar todos sus esfuerzos para fundar la Casa de España, institución que albergó a dichos intelectuales y que posteriormente, en 1940, se transformó en el actual Colegio de México. En Colombia pudo haberse repetido el mismo fenómeno con el florecimiento intelectual que tuvo su asiento en la Escuela Normal Superior, que va desde la rectoría del insigne maestro José Francisco Socarrás hasta la reforma que sufrió en 1955, época en que por decreto presidencial este centro de enseñanza se fraccionó. Así, en Colombia, se cerró el camino a un experimento pedagógico e investigativo tan importante como el que se dio en la Casa de España, y que hasta la fecha sigue produciendo excelentes reflexiones sobre el acontecer no sólo del país azteca sino del Continente”<sup>5</sup>. Este excelente trabajo olvidó, de manera lamentable, la magna labor de Julio Álvarez Cerón en Santander.

Julio Álvarez Cerón se instaló en la Bucaramanga de 1941, cuando fue desig-

4 MAYOR MORA Alberto. Ética, trabajo y productividad en Antioquia; una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales. 2a. ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1985.

5 RESTREPO YUSTI Manuel. “Revista de las Indias: un proyecto de ampliación de fronteras”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. XXVII, N° 323, 1990, p. 27-28.

nado rector del Instituto Industrial Dámaso Zapata, cargo que desempeñó hasta el 15 de abril de 1948, cuando fue nombrado profesor de la recién fundada Universidad Industrial de Santander. Un coterráneo suyo, justo es decirlo hoy aquí, José María Ots Capdequí, se asentó en la Facultad de Derecho de Universidad Nacional, donde realizó una brillante y fecunda labor pedagógica e investigativa. Ots Capdequí había sido decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Económicas de la Universidad de Valencia y director del Centro de Estudios de la Historia de América de la Universidad de Sevilla. Su labor investigativa en Colombia se centró en la revisión de archivos, y de este trabajo se nutrieron muchos intelectuales que querían ser profesionales de la historia y del derecho indiano del siglo XVI.

Julio Álvarez Cerón había nacido en San Fernando, Cádiz, en 1889. Realizó estudios de ingeniería industrial, con especialidad en Proyectos y Construcción de Armamento, en la Escuela de Artillería Técnica de Segovia. De su hoja de vida, antes de venir a Colombia, podemos destacar las siguientes experiencias:

- a) Estudio de la red telemétrica de la Plaza Fuerte Costera de Tenerife, Islas Canarias.
- b) Estudios de artillado de las Costas de Galicia.
- c) Ingeniero en el Taller de Precisión y Centro Electrotécnico de Artillería de Madrid.
- d) Ingeniero en la fábrica de automóviles hispano-suiza de Barcelona. Participó en el proyecto de fabricación de un tipo de camión militar para el ejército español.
- e) Reorganización del servicio automovilístico en la campaña de Marruecos.
- f) Investigaciones de radioelectricidad en el Instituto Rockefeller de Madrid.
- g) Jefe de Talleres del Parque de Artillería de Lavache, Marruecos español.
- h) Estudios e investigaciones en metalografía en la Escuela Superior de Mecánica, Electricidad y Fundición de París,

- i) Ingeniero Director de los servicios de automovilismo y radiotelegrafía del Ministerio de la Gobernación y de la Dirección General de Seguridad Española.
- j) Organizador del automovilismo civil del Estado e instalación de una completa red de onda corta para la policía, trabajo que le mereció una distinción en el Congreso Internacional de Radiotelegrafía de Berlín en 1935.
- k) Presidente del Comité Nacional de Auto-transporte.
- l) Director General de Transportes de España.
- m) Director General de los Servicios de Retaguardia y Transportes en la Guerra Civil Española.

Antes de decidir su viaje a Colombia, el ingeniero Álvarez Cerón estuvo exiliado en Francia hasta el 19 de mayo de 1940<sup>6</sup>. A pesar del atraso relativo del Departamento de Santander, la región había consolidado un prestigio en la formación de expertos, técnicos y artesanos, y de ello son testimonio instituciones como la Escuela de Artes y Oficios, el Dámaso Zapata, el Tecnológico Salesiano, además de varias instituciones centenarias como los Colegios Universitarios de San Gil, Socorro y Vélez. El Hermano Ramiro Pinzón Ramírez, en su libro *Por las tierras de Santander (El Dámaso Zapata)*, nos menciona que hacia 1941, y gracias al donativo de terrenos que hicieran los hermanos Andrés José y María Navas Serrano, la antigua Escuela de Artes y Oficios, con el apoyo del la Administración Eduardo Santos, construyó una nueva sede. Pero además fue nombrado rector el ingeniero Julio Álvarez Cerón, con lo cual Santander había ganado mucho con su presencia<sup>7</sup>.

6 VANGUARDIA LIBERAL, Bucaramanga, 13 de diciembre de 1968, p. 1 y ss.

7 PINZÓN MARTÍNEZ Ramiro (Hno.) *Por las tierras de Santander (El Dámaso Zapata)*, Bucaramanga, Estudio, 1988, p. 74 y ss.

El Instituto Industrial Dámaso Zapata inició una rutilante trayectoria gracias a la reglamentación nacional de la enseñanza industrial, al apoyo financiero del Gobierno Nacional, a la construcción de una sede adecuada con talleres especiales y a la dirección intelectual del ingeniero Álvarez Cerón. Pero, sobre todo, por haber servido de base a la creación de la futura Universidad Industrial de Santander. En 1945, el doctor Mario Galán Gómez, director de Educación pública, afirmó que “en el curso de estos dos últimos años el Gobierno Departamental ha tenido gran interés en adelantar las obras necesarias para la creación de la Universidad Industrial de Santander, tomando como base el Instituto Dámaso Zapata. Con tal fin se empezó por extender el radio de acción de este establecimiento, a fin de abarcar todos los ciclos de la enseñanza industrial media y estableciendo además la escuela de expertos, la de técnicos y el bachillerato industrial”<sup>8</sup>.

En 1947, mediante el decreto 583, el Gobierno Departamental decidió que el Dámaso Zapata y el Colegio de Santander formarían parte de la Universidad, en calidad de facultades menores. Ello explica la razón por la cual los rectores de esos colegios tuvieron asiento, durante los primeros años, en el Consejo Directivo de la Universidad. En el patio central del Dámaso Zapata se realizó la ceremonia fundacional de la UIS, pero su sede inicial fue la casona de la glorieta del estadio olímpico (Calle 14 N° 30-36). Luego se trasladó al barrio San Laureano (Carrera 12 con Calle 42), y el 12 de junio de 1954 se inauguraron oficialmente los primeros edificios de la ciudad universitaria.

El Hermano Florencio Rafael destacó en sus Memorias que el 30 de mayo de

1941 se inició la rectoría del ingeniero Álvarez Cerón: “Muy a tiempo llegó el doctor Álvarez, porque se trataba de organizar un centro, al igual de los mejores de la República, para que atendiera las gravísimas necesidades que imponía a las industrias locales la pavorosa Guerra Europea; y porque era necesario también preparar un personal de alumnos apropiado para la Universidad Industrial que se avecinaba. Gran misión que llevó a cabo nuestra Escuela: producir para las industrias y dar estímulo vital a la Universidad. El deseo de crear la Universidad era ya un impulso incontenible en el pueblo y en los dirigentes”<sup>9</sup>.

Ya en 1940 la ordenanza 41 había creado la Universidad Industrial de Santander, pero las vicisitudes políticas y la incredulidad aplazaron el proyecto hasta 1948, en el que mediaron por lo menos tres intentos, como demuestra el estudio realizado por Armando Gómez Ortiz y Claudia Cote<sup>10</sup>. El Hermano Florencio Rafael insiste en que “tres fuerzas se coaligaron para llevar a feliz término la realización de aquel mandato: la economía del Departamento, la inteligencia efectiva del estudiantado y la dirección técnica de Álvarez Cerón”. En efecto, durante su permanencia al frente del Dámaso Zapata, Álvarez Cerón logró convertir este Instituto técnico en uno de los mejores del país. Su informe de 1942 era muy elocuente: “Durante el curso que hoy termina se han trabajado 204 días en cada taller, equivalentes a 1592 horas [...] cada alumno ha trabajado 816 horas, habiendo efectuado 196 obras importantes, disponiéndose para ello 16.315 H.P., 15 toneladas de fundición, 5 toneladas de hierro y acero, 4 toneladas de bronce, 586 kilogramos de

8 GALÁN GÓMEZ Mario. “Algo más sobre la Universidad Industrial de Santander”, en *Anuario* (órgano cultural e informativo del Instituto Industrial Dámaso Zapata), Bucaramanga, Imprenta del Departamento, Año 1, N° 91, 1945, p. 20.

9 FLORENCIO RAFAEL (Hno.) *Historia del Instituto Superior Dámaso Zapata: Bodas de Diamante*, 1888-1963. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1963. p. 87-88.

10 GÓMEZ ORTIZ Armando y COTE Claudia. “Gestación y Fundación de la UIS,” en *Revista UIS-Humanidades*, Bucaramanga, Vol. 19, N° 1 (1990), p. 51-58.

aluminio y 15 kilómetros de cable eléctrico. Pero la obra mayor cumplida y de más aliento emprendida por este Instituto es la fabricación de la maquinaria necesaria para instalar una planta de reencauchado de llantas de automóvil”.

En 1948-1949, hacia el final de su rectoría, el Instituto llegaba a sus mejores realizaciones, tal como informaban los Anuarios, verdaderas memorias tecnológicas, científicas y culturales de la época. En el editorial de la entrega de 1945 puede leerse: “Grandiosa y ardua misión para la Universidad Industrial de Santander. Concebida por la mente fecunda de nuestros más jóvenes valores y apoyada sin restricciones, generosamente, por nuestros gobernantes, la Universidad Industrial que ya tiene como piedra angular el Instituto Dámaso Zapata, muy bien organizado y espléndidamente servido, coronará en pocos años la cima de sus aspiraciones y será cual un fanal que proyecte su luminosidad a todo lo largo y ancho de Colombia”.

El primero de abril de 1948 Nicenor Pinzón Neira, primer rector de la UIS, firmó el nombramiento del ingeniero Julio Álvarez Cerón como profesor de práctica de los Laboratorios de Física, pero en realidad el número de asignaturas a su cargo podría producir hoy verdadero vértigo. En 1950 y durante varios años, aun siendo rector, dictaba 7 u 8 cátedras diferentes: Física, Mecánica Analítica, Metalografía, Mecanismos y Elementos de Máquinas, Laboratorio de Mecanismos, Termodinámica y Tecnología Mecánica. Una labor semejante desarrollaba su hermano José. En noviembre de 1952 fue nombrado rector de la Universidad para suceder al ingeniero Ernest Massar, quien durante varios años fue profesor y artífice del desarrollo de la UIS. La rectoría de Álvarez Cerón transcurrió durante cuatro años, hasta diciembre de 1956. Tras unos meses de rectoría del Dr. Raúl González García, otro gran rector vendría para llevar a la Universidad a un nivel de reconocido prestigio y calidad: el Dr. Rodolfo Low Maus.



Poco antes de ser nombrado rector, Álvarez Cerón propuso la creación de una Facultad de Siderurgia, ante el fracaso del programa de Ingeniería Civil, que no tuvo demanda en ese momento. Desde el principio y durante varios años la rectoría se dedicó a configurar una nómina respetable de profesores extranjeros y nacionales, lo mismo que a la construcción del campus universitario. Entre el grupo de forjadores de los primeros ingenieros debemos mencionar a Guido Burzi, Federico Mamitza, Ernest Massar, Werner Küenzel, Jakob Seib, Klaus-Peter Schwelmer, Francisco Cazza D’Onofrio, Antonio Casuello, Federico Weymar, Wilhem Spachowsky y José Álvarez Cerón. Entre los profesores nacionales se destacan figuras como Hernando Pardo Ordóñez, Alfonso y Eugenio Penagos Mantilla, Eduardo Caro Cayzedo, Ciro Duarte Pacheco, Lelio Martínez Villalba, Gilberto Arias Phillips, Jorge Amaya Pulgarín, Antonio H. Prada, Arturo McCormick, Fernando Mejía Valenzuela, Eurípides Bejarano y Guillermo Straus Gómez. Los profesores, los decanos y rector no sólo dictaban clase;



se dedicaban también a un sinnúmero de funciones y actividades a que obligaba la construcción y desarrollo del proyecto universitario. Y desde luego, la colaboración y el espíritu crítico del estudiantado –desde un principio organizado en la Asamblea Estudiantil y en la Audesa– no se hizo esperar, hasta que se llegó a la dura época conflictiva de los años 60 en que la organización estudiantil se convirtió en movimiento político muy radicalizado, como ocurrió en todo el país.

La búsqueda de apoyo gubernamental nacional llevó a Álvarez Cerón a otorgar los primeros doctorados honoris causa: el primero al presidente Roberto Urdaneta Arbeláez (07.11.52), y el segundo al teniente general Gustavo Rojas Pinilla (25.11.53), presidente de la República, “por su amplia ilustración en Ciencias de la Ingeniería y por la preocupación que siempre ha tenido de impulsar esta clase de estudios en la Nación”<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Acuerdos y Actas del Consejo Directivo, 1952-1953.





Justo es destacar en realidad el apoyo gubernamental, que en varios casos jalonó por su iniciativa el desarrollo de la Universidad, como fue el caso del doctor Pedro Nel Rueda Uribe, primero como gobernador y después como ministro de Minas, desde donde actuó para que la Universidad creara la Facultad de Geología y Petróleos, proyecto que fue encomendado al joven ingeniero Juan Francisco Villarreal, futuro rector.

Los años 1953-1956 fueron de febril actividad y desarrollo. A los tres programas iniciales de ingenierías eléctrica, mecánica y química, se sumaron otros: petróleo, metalurgia y la frustrada civil. Se desarrolló el proyecto urbanístico de la así llamada “Ciudad Universitaria”, se construyeron los primeros edificios para las facultades, se dotaron laboratorios y la biblioteca, y

continuó la búsqueda de nuevos profesores extranjeros. Los estudiantes, siempre muy activos e inteligentes, fundaron en 1953 la primera Revista de la Universidad, ION, que hoy día todavía se publica. La Revista de la Universidad Industrial de Santander, como órgano institucional, se publicó solo a partir de 1959, pese a que el doctor Ciro López Mendoza, presidente del Consejo Directivo, la había propuesto desde 1952. El 2 de junio de 1954 el Consejo Directivo, mediante el Acuerdo N° 34, aprobó las Facultades de Ingeniería Metalúrgica e Ingeniería de Petróleos, que ya llevaban dos años de labores. Como dato curioso es importante anotar que en 1955 dos estudiantes de la UIS, Manuel Chaparro y Carlos Guerra (futuro rector), ganaron un importante premio de la época (el Premio Esso), que tuvo muy positivas repercusiones

en la imagen y prestigio nacional de la Universidad<sup>12</sup>.

En diciembre de 1956 culminó el periplo rectoral de Julio Álvarez Cerón, cuyo prestigio ya bien cimentado desde los tiempos del Dámaso Zapata tuvo hondas repercusiones en la vida regional y nacional. La historia de Santander, por lo menos en el campo cultural e intelectual, fue otra cosa después de la magna obra de Álvarez Cerón. El 3 de mayo de 1960 el Consejo Superior, en una justa, singular e irreplicable acción, decidió otorgarle “la dignidad permanente de rector honorario de la Universidad Industrial de Santander”, en consideración de que había sido uno de los creadores intelectuales de la Universidad, ejercido el cargo de rector y era el más antiguo docente en ejercicio, así como “por su permanente interés por el destino del Alma Máter, y por el más alto respeto y admiración que le profesan profesores y estudiantes”<sup>13</sup>. Continuó en la Universidad hasta el mes de agosto de 1965, cuando se retiró con la excusa de un largo viaje a su país natal, luego de haber dedicado 24 años de su vida a los proyectos tecnológicos y científicos del Departamento.

Todo el mundo lo sintió: “el Consejo Superior lamenta el retiro del señor rector honorario, doctor Julio Álvarez Cerón, del seno de la Universidad, le expresa en nombre de la institución los más altos sentimientos de gratitud como cofundador y catedrático de singular talento y sabiduría, y espera su pronto regreso a las aulas que honró como profesor y maestro”<sup>14</sup>.

A 25 años de su muerte, ocurrida en la ciudad de Bucaramanga en 1968, la situación mundial se ha modificado de manera

drástica. Ya no existen el generalísimo Franco, la Unión Soviética ni el Muro de Berlín. Estamos ante un mundo globalizado y competitivo en extremo. Toda Hispanoamérica ha ido entrando en el flujo infernal de la internacionalización de la economía y de la cultura; el país tiene que asumir de manera irremediable el reto de la apertura y el desarrollo acelerado si no quiere verse sumido en las tinieblas del estancamiento y el atraso. Álvarez Cerón fue también un visionario: el proyecto universitario que ayudó a concebir y desarrollar resultó ser estratégico no sólo para el estilo de desarrollo que se impuso en Hispanoamérica después de la II Guerra Mundial, sino que es una condición indispensable para entrar a competir en el mundo económico y científico-tecnológico del III milenio. El respeto y la admiración por la obra y la memoria de nuestro gran rector crecen con el tiempo y se constituyen en faro permanente para nuestra imagen presente y futura de lo que somos y queremos ser: una universidad capaz de articularse a la vida nacional y de responder a las exigencias y necesidades que demanda el desarrollo del país. ❖



12 Acuerdos y Actas del Consejo Directivo, 1954 -1956.

13 Acuerdos y Actas del Consejo Superior. Acuerdo N° 14, 03.04.60.

14 Acuerdos y Actas del Consejo Superior. Acta N° 24, 26.08.65.